

# Irresponsabilidad delegada

La parte consciente de la nación —que es, desgraciadamente, la menor de ella— vive—si es que eso es vivir—como poseída por el problema ese previo de las responsabilidades, o mejor, de la irresponsabilidad. Tiene detenidos y como embalsados otros problemas, porque él es previo. Ya que, en rigor, se trata de excluir de la vida pública a los que más activamente han estado perturbándola, desde el Poder, durante este reinado. Y ellos no hacen sino maniobrar para eso que suele llamarse ganar tiempo, y que es la manera más segura de perderlo. Entretanto esperan en el milagro, en lo imprevisible.

Cabríales a los que se sienten culpables, a los que se saben responsables y no quieren responder, hacer lo que se propone Cambó, y es huir. Porque lo de Cambó, uno de los más incursores en las responsabilidades civiles y administrativas, no es más que una huida. Con el gesto entre cínico y pedantesco con que se encogía de hombros cuando en el Congreso se le dirigían las más acres acusaciones. Con decir que estaba sobre ellas creía todo arreglado.

Ahora, en vísperas de ir a plantearse de nuevo en el Congreso el obsesionante problema, otro de los responsables—el más responsable acaso—, el olímpico don Antonio Maura, el que dice no haber gobernado todavía—y así es—, se despide del rey para irse a Solórzano, como quien dice: «¿Y a mí qué?»

Decimos que cuando Maura ha dicho que él no ha gobernado todavía ha dicho lo que es cierto. Y esa es su culpa, no haber gobernado cuando estuvo en el Gobierno. ¿Que no le dejaron? ¿Y quién no le dejó? No las oposiciones parlamentarias, sin duda. Esa es la culpa de Maura, culpa gravísima; no haber gobernado cuando pudo gobernar. El más que nadie ha metido a España en esta absurda aventura marroquí, y acaso contra sus íntimas convicciones. Es, acaso, después de Canalejas, el hombre que más daño ha hecho a la patria du-

rante este lamentable periodo de la Tras-Regencia.

Cuando Fausto le preguntaba a Mefistóteles quién era, le respondió éste diciéndole ser «una parte de aquella fuerza que siempre quiere el mal y siempre hace el bien». De Maura, como de otros, podría decirse que ha sido—porque ya no es nada—una parte de aquella debilidad que siempre quiere el bien y siempre hace el mal. Si es que de veras quiere el bien, y no el bien parecer, que es otra cosa.

Hizo un gran daño a España Maura cuando en octubre de 1904, teniendo el rey diez y ocho años, intervino en aquel Tratado que nos ha traído esta cola, y de donde ha salido todo eso del compromiso y del mandato; pero hizo mucho más daño cuando, a raíz del desastre de Annual, de la santiaguada, se encargó de presidir el vergonzoso Gabinete de las lágrimas y del borrón y cuenta... vieja. Cuenta vieja que se reduce al «defenderla y no enmendarla». El Gabinete de las conferencias de Pizarra. Que es de donde arranca la mayor responsabilidad de Berenguer y de Maura, su encubridor. Entonces es cuando se acordó seguir jugando. Porque había que «cubrirse».

En aquel vergonzoso Gabinete, el más triste que hemos tenido en mucho tiempo, entraron un representante del marqués de Alhucemas y otro del conde de Romanones, los cuales, ¡claro está!, tienen que defender ahora la irresponsabilidad de Berenguer. Una irresponsabilidad delegada.

Porque el fondo del problema es este: que la irresponsabilidad se delega. Doctrina hermana de aquella otra que se nos formuló en Córdoba al decirnos que el llevar un proyecto de ley la firma del monarca debe ser una garantía de que será aprobado. Y es claro que quien tal cree debe creer que un compromiso que a espaldas de la nación, y sin saberlo ésta, contrae un Gobierno de su majestad, obliga a todos los que le siguen.

Miguel DE UNAMUNO

